

El bufón del patíbulo

Karla T. S.

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

I



Una multitud se acercaba al cadalso en las afueras de la muralla, seguía a la condenada y al verdugo en procesión desde la plaza con ansias crecidas por ver el espectáculo. La mujer era muy vieja, la más de todas las viejas del pueblo. Su nariz curva parecía apuntar siempre al camino de piedra, por mucho que la anciana quisiera enderezar la joroba que cargaba a cuestas. Se murmuraban las razones de su condena mientras las miradas de ácido se fijaban en sus ropajes desgarrados por los años, en sus pies descalzos manchados de lodo seco, en su andar oscilante a causa de la desgraciada muerte que le esperaba sobre las tablas de madera.

Los mirones expectantes, muy quietos, muy callados, permanecieron en torno al patíbulo mientras todo se preparaba para el deceso de aquella vieja. Se volvieron al unísono cuando escucharon los gritos del bobo del pueblo, que se acercaba por el camino cojeando falsamente con esa figura enana y apuntando con un dedo enflaquecido a la mujer. Tiraba del brazo de su matrona mientras balbuceaba “¡Bruja, bruja!”, con la lengua entumecida contra el paladar y un brillo de admiración inigualable en el rostro.

La anciana siguió al tonto del pueblo con sus ojos fatigados y volvió a bajar la cabeza. El cuello ya estaba rodeado por la sogá áspera

y el verdugo a punto de accionar el mecanismo de la trampilla. Cuando el cuerpo cayó como un latigazo, el bobo aplaudió y sus babas salpicaron el brazo de la matrona. Las carcajadas no se detuvieron hasta que descolgaron a la mujer.

II

El hermano mayor del bobo estaba de visita en su choza de madera. Era igualmente enano, cojo y un poco más brillante que el menor. Desde las otras viviendas, algunos aldeanos espionaron aquel momento: el bobo hermano mayor tocó la puerta, abrió la matrona y del interior salió corriendo el bobo menor, imitando el trote de un caballo. El hermano mayor lo estrechó en un abrazo fatigado y sus mejillas quedaron salpicadas de la saliva que el otro dejaba con sus besos.

Se sabía que el hermano del bobo se había ido de casa hacía unos dos años. En cada visita, las telas que lo cubrían eran más finas que las anteriores, y se rumoreaba que trabajaba para la corte, aunque nadie podía adivinar de qué serviría tener a uno de los huérfanos tontos trabajando para alguien. Cuando el hermano iba de visita a esas orillas del reino, todos revivían la incógnita de su trabajo en la corte, dada la falta de informantes, pues con el bobo no se podía hablar decentemente y la matrona era una mal encarada. Como ya se dijo, era un tonto, aunque no tan tonto como el hermano menor. Se decía que el hermano era la mitad de bobo que el bobo original.

Dentro de la casa, la matrona soportaba sin hablar las historias sinsentido de los huérfanos y pensaba en la maldita hora en que la madre murió durante el parto. El hermano más bobo contaba con emoción desbordada, ademanes repetitivos y voz de lengua entumida, lo que creía haber visto en las últimas semanas. El otro escuchaba expectante, mientras el tic que arrugaba su nariz hacía levantar el labio superior de su boca entreabierta. El hermano doblemente bobo le hizo prometer lo de siempre y, como siempre, el hermano medianamente bobo lo aceptó con falsa solemnidad. Así siguieron conversando, al mismo tiempo que tomaban el sinsabor frío que la matrona malencarada les había puesto enfrente.

Una aldeana vio al hermano mayor dirigirse con su andar de cojo a la choza del carpintero. El hombre de noble aspecto saludó al enano y tuvo que escuchar sus disparates mientras preparaba leños y maderas.

Se le veía sonreír a la fuerza y asentir con la cabeza inclinada hacia el suelo; mientras tanto, el hermano medianamente bobo hablaba sin parar. Le dio monedas al carpintero y luego se marchó de la aldea. Cuando volvió, días después, solamente fue para recoger su encargo en el taller y para dar un sustento más de monedas a la matrona. Los aldeanos no pudieron despegar la mirada del artefacto rechinante empujado por el bobo hermano mayor.

III

Las puertas reales se abrieron. El calzado blando de tela roja, los cascabeles en cada punta del sombrero y el característico andar del bufón cojo trajeron a la corte un aire expectante. Aquél era el mejor de los bufones reales, ya fuera por su humor simplista, por sus pantomimas absurdas o sus chistes con poca gracia que caían en un absurdo enteramente degustable para la corte y la realeza (hay que admitirlo: eran casi tan bobos como el bufón, pero vestían telas más costosas).



Las ruedas de madera rechinaron sobre el piso lustroso hasta que el bromista dejó el artefacto en el centro de la sala. El bufón comenzó con sus saludos y bromas habituales, aludiendo a la risa estruendosa del rey, a la delicadeza suntuosa de la reina, a los rostros de nube blanca de las princesas, a las barrigas abultadas y cuerpos enflaquecidos de los cortesanos más y menos importantes... Las risas empezaban a sonar y se preparaban para el acto último, que solía ser el mejor del espectáculo.

El bufón sabía manejar a sus espectadores, quienes callaban en los momentos previstos, sonreían en los preparativos de las bromas y estallaban en carcajadas ante los clímax cómicos del personaje cascabeleante. Todos esperaban con ansias el momento en que el bufón utilizara el artilugio de madera que había llevado consigo.

Por fin, el bufón tiró del patíbulo de madera hasta colocarlo frente a los tronos, al pie de los escalones. El cadalso fue creado especialmente a su medida, con peldaños tan cortos que su andar cojo podía subir por ellos con facilidad; la cuerda y la viga de madera tenían la altura adecuada para él y la trampilla era lo suficientemente ancha para su cuerpo regordete. Lucía como un juguete para niños, e incluso las niñas princesas se sintieron tentadas a jugar con él en su habitación.



Elogio a la locura I, II, III, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

El bufón se atrevió a acercarse al trono con una reverencia y ofreció su mano al rey, el cual no se movió un centímetro; dirigió entonces su reverencia a la reina: aquellos dedos apenas tocaron la pequeña mano del bufón cuando éste la condujo hacia el patíbulo. Ella, sin necesidad de subir por los escalones, permaneció quieta junto al artefacto, mientras el enano subía las escaleras con su pie cojo, escalón por escalón, y se acercó al borde más próximo a ella. Le dio una indicación al oído, a lo que ella aceptó, conteniendo la risa en la punta de sus labios y, con su permiso, le colocó una capucha en la cabeza. La sala entera soltaba ciertas risillas, insegura de si podían o no reír a lengua suelta de la figura ricamente ataviada con telas finas y con un saco de patatas agujereado en la cabeza.

El bufón empezó su último acto. Bajó de la plataforma de un salto, se colocó una capa negra sobre la espalda y comenzó a emular con mímica la preparación de brebajes en calderos enormes. Lanza risillas agudas mientras frotaba sus manos entre sí con un andar oscilante de bruja anciana. Caminaba hacia su público para conjurar en nombre de Satán y aquellos simplemente reían. De pronto, unos cuerpos invisibles comenzaron a perseguirlo y con sus manos jalaron su cuerpo directo al patíbulo, mientras que el bufón-bruja intentaba asirse de la nada y escapaba para después volver a ser apresado por los verdugos imaginarios. Las risas cortesanas rebotaban en los techos, risas reales sonaban desde el trono y del saco de patatas agujereado.

El bufón-bruja se arrastró por las escaleras del patíbulo. Suplicó a su verdugo al tiempo en que éste le colocaba la soga al cuello. El cómico sollozaba, intentó arrodillarse ante el verdugo, pero la cuerda se lo impidió. Rezaba versos oscuros con la mirada en dirección al infierno, imprecaba contra el cielo y su voz siempre sonaba por encima de las risas que intentaban contenerse. Entonces el bufón cerró los ojos con fuerza, la trampilla del patíbulo se abrió y estallaron las carcajadas.

Fue como un latigazo. El cuerpo chocaba contra los bordes de la trampilla y nadie podía ver que sus pies no tocaban el suelo porque estaban ocupados desternillándose de risa. También el bufón se deshacía en carcajadas de ahogado que había contenido a lo largo de su representación, tosía sin control, se asía de la cuerda, intentando sofocar el dolor de su cuello. Solamente él y la reina escuchaban el tintinear de sus cascabeles, lo demás eran estruendos de risas que rebotaban en el techo, en las paredes y en el suelo de la realeza, en el patíbulo, en los tronos, en las puertas de madera... Mientras tanto, telas, ropajes rojos, blancos,

amarillos, risas ahogadas, toses de anciano, viejas de maquillajes descompuestos, lenguas secas, gargantas graznantes, saliva derramada, pechos silbantes, cuellos enrojecidos, mejillas retraídas, y la desesperación disimulada del bufón que se cobijaba bajo el estruendoso eco abismal de las risas cortesanas.

La reina se había quitado el saco de verdugo de la cabeza y ahora se abanicaba con él para quitar el calor de su sudado rostro. En el cuello se le adherían los cabellos mientras sus pulmones intentaban recuperar el aire perdido en cada espasmo de risa. Tuvo que sentarse en el patíbulo, cuyas maderas temblaban con el peso muerto del bufón. El rey se ahogaba con su propia saliva y tuvo que levantarse del trono para contenerse, luego siguieron sonando desde lo más hondo de sus pulmones aquellos ronquidos vibrantes que eran sus carcajadas.

La enorme sala real se fue apaciguando, las maderas crujían y el cuerpo del bufón seguía pendiendo de la cuerda en el patíbulo de juguete. Nadie dijo una palabra hasta haber recuperado el aliento. El rey, conteniéndose para que su voz sonara autoritaria, imperó con su voz de cueva que prosiguiese; el ceño fruncido, los dedos gruesos tirando de la punta de sus barbas bien cortadas. De pronto asomaba un mínimo rastro de risa en sus labios. El bufón no atendió a su orden, el rey insistió y, tras no obtener respuesta, fingió un aire de solemnidad para condenarlo al destierro. Las carcajadas de la corte estallaron nuevamente y el rey se dobló en dos para acompañarlos con su risotada descontrolada. Cuando pudo enderezarse hizo un ademán y dos hombres aparecieron para empujar el patíbulo en dirección a las puertas enormes de madera; las hijas del rey no dejaban de tirar de la capa de su padre mientras miraban con urgencia la figura del cómico alejarse de los tronos.

Comenzaron los aplausos, las miradas siguieron al bufón y a su patíbulo hasta verlos desaparecer.

IV

La tarde caía. El camino hacia las afueras del reino, empedrado y terroso, levantaba nubarrones de polvo ante la mirada expectante de los aldeanos, que no podían hacer otra cosa que mirar la silueta detrás de aquella cortina de humo pardo, que se balanceaba aquí y allá con el tintineo infinito de sus cascabeles. Cuando descubrieron la figura del bufón pen-

diendo de la cuerda, nadie pudo contenerse. Los habitantes siguieron en procesión el patíbulo hasta las puertas de la muralla sin parar de reír con sus bocas de dientes amarillos, sus bocas sin dientes, sus bocas de encías pútridas e hinchadas. Hasta los verdugos sin máscara que arrastraban el patíbulo encontraban la gracia en el bufón ahorcado; la capa negra la había perdido en algún momento del trayecto, al igual que uno de sus zapatos de tela roja, los colores en su rostro se habían ido, la risa había quedado pasmada en sus labios blanquecinos y sus ojos permanecían plácidamente cerrados.

En el destierro, sus carnes fueron comidas por animales hambrientos que desgarraron las telas finas de sus ropajes de bufón. No había maderas podridas, pues el mismo día de su destierro volvieron los enviados del rey para arrancarle el patíbulo del cuello y llevárselo a las princesas como recuerdo del divertidísimo acto. Lo único que quedó del bufón del patíbulo fue un montón de telas carmesí estropeadas por la humedad de las lluvias recientes y un esqueleto maloliente y deforme, tan deforme y maloliente como el bufón al que perteneció.